

«Y no le da Dios poder para que de sus tesoros coma; antes el hombre extraño se lo tragará todo.»

Veis aquí todo el dinero del logro de Júdas empleado en sepulturas de peregrinos, que son los que más propiamente se llaman extraños.

Ya hemos discurrido por las costumbres y el fin de los avarientos en esta vida, y de sus caudales y haciendas. Discurremos del avariento en los infiernos, y de su dañada condicion en la otra vida. Para salir bien de todo conviene no salir del Evangelio sacrosanto.

Lucas, 16: «Había un hombre poderoso que se vestía de preciosas ropas, y cada día banquetaba espléndidamente; y había un mendigo, cuyo nombre era Lázaro, que yacía lleno de llagas á sus puertas, deseando hartarse de las migajas de pan que se caían de la mesa del rico, y ninguno le socorria.»

A las puertas del rico avariento y gloton siempre es desprecio de sus umbrales el pobre, á quien no solo niega su mesa lo que tiene, sino lo que se le cae. No hubiera pobre sin socorro, si no hubiera avariento sin caridad.

«Empero venían los perros, y lamíanle las llagas.» Veis aquí los perros curando las llagas del pobre, y al rico acrecentándose las. Veis aquí á Lázaro que convida á sus llagas á los perros, y al rico que le niega de su mesa las migajas que da á sus perros. ¡Considerad cuánto peor y más rabiosa es la hambre avarienta que la hambre canina!

«Sucedió que murió el mendigo y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió el rico y fué sepultado en el infierno; empero levantando sus ojos, como estuviese en tormentos, vió desde muy lejos á Abraham y á Lázaro en su seno.»—Dice «que murió el pobre»; y habiendo sido sepultado, lo que es cierto, no dice que fué sepultado, sino llevado por los ángeles al seno de Abraham, porque el justo que se salva nace en la sepultura á vida sin muerte, donde la muerte corporal le sirve de partera á eterna vida.—Dice que «murió el rico y (1) que fué sepultado en los infiernos»; y no dice que fué sepultado en la tierra, porque el sepulcro del que muere para morir para siempre, es el infierno. Y es de notar que del avariento no solo se dice que está en él como los otros, sino sepultado en él: esta consideracion me persuadió á no seguir la diferente puntuacion que hace el cardenal Cayetano, poniendo el punto detrás del «fué enterrado», y empezando cláusula (2) desde la palabra «en el infierno».—«Levantó los ojos como estuviese en tormentos.» Cuando vivía jamás levantó los ojos al cielo ni los apartó de la miseria de la tierra; y cuando está sepultado en el infierno y padeciendo sus tormentos, los levanta al cielo. Todo lo hacen al revés y tarde los avarientos. Cuando estaba en este mundo, no veía aun en sí mismo (que nada puede ser más cerca) su naturaleza, ni las llagas (3) y hambre y miseria de su prójimo, que quiere decir cercano; y en el infierno ve de lejos y conoce á Abraham y á Lázaro en su seno. Quien no ve vivo por faltarle la caridad, para mayor pena ve con la invidia muerto y condenado. «Entonces el seno de Abraham era el limbo de los padres, porque por el mérito de Jesucristo, que primero se prometió á Abraham,

(1) fué (S.)

(2) desde las palabras (Id.)

(3) ni la hambre (Id.)

los justos conseguían aquella quietud.» Estas son palabras de Cayetano en este capítulo.

«Y él mismo llamando, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envíame á Lázaro, para que mojando en agua la punta de su dedo, refrigere mi lengua, porque soy atormentado en la llama.» ¿Veis que en el infierno el avariento se atormenta con serlo por haberlo sido, y que guarda en la sepultura del infierno consigo para su tormento, su condicion? Condenado está, y está pidiendo; pide, no una cosa, sino tres: que tenga Abraham del misericordia, que envíe á Lázaro, y que Lázaro le refrigere la lengua, mojando la extremidad de su dedo en agua. ¿Queréis ver que su avaricia es su tormento? El pide que le envíen al que arrojó de su mesa; pide una gota de agua al que negó una migaja de pan; pide que en su favor extienda un dedo aquel á quien con desprecio, pidiendo, le cerró toda su mano. Cierto es que todo él padecía, y solo pide refrigerio para su lengua, porque por su glotonería y satisfacer su garganta con el sabor de su lengua había sido avariento; y aun condenado, trata de refrigerarla solamente. Padezca la lengua del avariento, que estando en boca racional, no aprendió de las lenguas de sus perros cuando los vió lamer las llagas de Lázaro.

Mostróse este avariento inficionado de todas cuatro pestes. Del desprecio, ya se vió el que hizo de Lázaro. De la invidia, dígame el Santo palabra de oro, serm. cxxii: «Envíame á Lázaro. ¿Adónde? ¿Al infierno, del seno; del solio sublime, al caos; de la quietud santa, á los lamentos de las penas? A lo que me parece, (4) lo que hace este rico no es del nuevo dolor, sino de la invidia antigua; y con ella se enciende más que con el fuego. (5) Esles á estos grande mal, esles incendio insufrible (6) ver dichosos á los que un tiempo despreciaron. Aun poseyéndole la pena, no deja la malicia al rico; que no dice que le lleven adonde está Lázaro, sino que envíen á Lázaro adonde él está.» No pide que él sea llevado adonde está Lázaro en descanso; pide que Lázaro baje del descanso á sus penas, por quitarle el gozo que le envidia. En el infierno está el rico avariento, y aun quiere que le venga á servir el pobre desde la gloria. Esta soberbia es.

Tuvo de Abraham respuesta, mas no consuelo: «Tú recibiste tus bienes» (quiere decir, los que tuviste por bienes, que fueron las riquezas y el poderío, la pompa y la golosina; y agora padeces los males que no temistes.) «Lázaro recibió y padeció males» (quiere decir, los que el mundo juzga por tales en la pobreza y desprecio, siendo bienes en el mérito).

Viendo que se le negaba el enviarse, prosigue, por sacarle de la quietud en que está, diciendo: «Ruégote, Padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que los testifique este suceso y no vengan á este lugar de tormentos.» Llama á Abraham padre, y dice que envíe á Lázaro en casa de (7) su padre. Para pedir tiene muchos padres quien para dar no tuvo ni conoció hermano. Toda esta peticion fué vanidad y soberbia é invidia. No dice que le envíe á predicar á todos, sino á los suyos y á sus hermanos: es

(4) que hace (Z. B. F.)

(5) Esles á estos grande mal el incendio insufrible, ver (Id.)

(6) de ver (S.)

(7) sus padres. (Id.)

ruego de interés, no de caridad. No lo pide porque sus hermanos se salven, sino porque con ellos solos, por ser sus hermanos, se haga lo que á otros no se concede. En el condenado ni puede haber piedad ni caridad, ni otra cosa que condenacion obstinada. Segun esto, no deseaba estorbar su venida á sus tormentos por virtud ni amor: luego puede colegirse que, de avariento, aun no queria que participasen de sus tormentos.

«Respondióle Abraham: Tienen á Moisés y á los profetas; óiganlos. Mas él respondió: No, padre Abraham; empero si alguno de los muertos se les apareciere, harán penitencia.» No consta claramente si esta fué parábola ó historia. San Lucas no la da nombre de parábola, y el nombre de Lázaro la muestra historia. Yo por historia la tengo, persuadido destas razones y de la autoridad de san Juan Crisóstomo (oracion *De adversa valetudine*, digamos *De la enfermedad*), hablando de Lázaro. «Era de los que fueron antes de la gracia;» palabras que certifican historia. Y del texto se colige que fué realmente en este tiempo, pues dice: «Tienen á (1) Moisés y á los profetas;» tiempo antes de la gracia; y de que se colige que Moisés vivía en aquel tiempo, pues si fuera muerto, no respondería el avariento que no creerian sino á un muerto.

Pasemos á la consideracion, y aprendamos de Cristo á referir las historias para el ejemplo y el escarmiento. En las del mundo el pobre es á quien se llama aun vulgarmente *quidam pauper*, «cierto pobre.» La lisonja no le halla nombre, cuando al rico le da su nombre y (2) sobrenombres, y le carga de apellidos y blasones y descendencias. En la boca de Cristo es todo esto al revés: el pobre tiene su nombre, y el rico es *quidam dives*, «cierto rico;» porque Cristo Jesus es vida, y en el libro de la vida se escriben los nombres de los justos. Así lo dice el Espíritu Santo.

(3) Advertid la desvergonzada presuncion y soberbia deste avariento, que habiendo él muerto de hambre á Lázaro (cuando le pedía sus migajas de pan para vivir con ellas), ahora muerto y en los infiernos, osa pedir que á su instancia y por el servicio de su casa y familia resucite: quiere que Abraham resucite con milagro por su mandado al que él mató con avaricia por su iniquidad. Considerad su hinchada locura, que se arroja á enseñar á Abraham, diciéndole que no es eficaz el medio que él da de que oigan á Moisés y á los profetas, y le pretende enseñar el modo, diciéndole que si alguno de los muertos se les apareciere, harán penitencia.

Dos cosas se me ofrecen dignas de consideracion. La primera: ¿Por qué este avariento pidió que Lázaro mojase, para refrigerarle la lengua, la última extremidad de la punta de un dedo, y no que mojase la mano y le refrescase? pues á tan grande ardor como padecía, no fueran beneficio los golfos del mar. Realmente los avarientos, vivos y muertos, siempre buscan y piden lo que no los puede aprovechar: lo otro, (4) aun duraba en su lengua y estómago y corazon el asco de las llagas de Lázaro, y por eso con melindre condenado pide que le toque con la menor parte que pudiere de un dedo suyo la lengua. Pidió una gota de agua y una punta de

un dedo. Pidió tan escasamente como si (5) pidiera á sí, que menos que esto negó á Lázaro; todo con infernal malicia, para disimular con esta humilde peticion la que luego hizo de pedir como avariento tan gran cosa como la resurreccion de un difunto.

Desto nace la consideracion segunda: ¿Por qué pidió que Lázaro fuese á la casa de su padre á decir á sus hermanos su condenacion, y no pidió que le enviase á él, para que (6) la viesen en él, puesto que la vista se juzga por más eficaz que el oído? No queria, no, el avariento la conversion de sus hermanos: queria que Lázaro, como fué despreciado en su casa, no fuese creído en la de su padre; queria que á su padre y hermanos fuese aborrecible por el espanto, como á él lo fué por la pobreza; queria que se lograra contra Lázaro la ponzoña que tenía en su seno, y que Lázaro dejase de gozar de la quietud del seno en que estaba: su tema es sacarle del seno de Abraham, ya que echándole de los umbrales de su puerta, fué ocasion de que Abraham lo recibiese en su seno. Veis aquí las pretensiones del avariento, aun sepultado en los infiernos. Si algo pretenden, es quitar el descanso á los que vivos negaron el socorro. No hallamos escrita la obstinacion y perfidia, hasta en los infiernos, de otro pecador que del rico avariento, teniéndola todos.

No envió Abraham á Lázaro, como el avaro lo pedía. Empero Cristo, que refirió esta historia para desengañar á los hombres de que no creyendo á los profetas ni á los vivos, ni á él, que era hombre y Dios, menos creerian á los muertos, resucitó con el mismo nombre de Lázaro al hermano de Marta y María. ¿Qué resultó deste difunto resucitado? Dícelo el Evangelio, *Joann.*, 12: «Determinaron entre sí los príncipes de los sacerdotes que matasen á Lázaro, porque por él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesus.» San Pedro Crisólogo (7) en estas palabras, sermón lxxvi, dice: «No quieren que les cuenten lo que vieron aquellos, que lo que oyeron no quisieron creer. Sabemos que está aparejada vida para los buenos y tormentos para los malos; empero, mientras captivos de los vicios no queremos que se llegue el tiempo, fingimos ignorar lo que sabemos, y no queremos que venga del infierno quien nos diga lo que hay despues de la muerte; pues viniendo Cristo del cielo y volviendo del infierno, enseñó con la palabra y afirmó con el ejemplo lo que está prevenido á los justos en el cielo y á los impíos en el abismo. Mas por ventura no creemos estas cosas, ni queremos que Cristo venga, porque no queremos que el mundo pase; antes no porque no queremos que el mundo pase, sino porque nos pesa que nuestros vicios pasen. Cristo vino, no por ahuyentar la vida, sino la muerte; revocar el mundo, no quitarle; destruir los vicios, no su criatura.»

¿En cuál filósofo se pudo hallar rastro de tan alta doctrina? No niego empero que alcanzaron y rastrearon algo de la miseria y peste mortal deste mal vicio, lo que ingeniosamente enseñaron con la fábula de Midas, rey de Frigia, hijo de Gordio. Fingen moralmente que como hospedase á Baco, y él le dijese que pidiese lo que gustase, y Midas fuese avaro insaciable de dinero, le

(5) se pidiera (S.)

(6) la viesse (Z. B.)—le viesen (S.)

(7) sobre estas (S.)

(1) Moisés (siempre la edición de Sancha.)

(2) sobrenombre (S.)

(3) Advertir (Id.)

(4) que aun duraba (Id.)

pidió que le fuese concedido que cuanto tocase se le volviese en oro. Baco se lo concedió. El luego tocó su casa y todas sus murallas de la ciudad, gozoso de verse aumentado en tan inmensa copia de oro. Empero como, obligado de la sed y de la hambre, fuese á beber y comer, y viese que en tocando el agua ó el vino se le volvía en metal, y la comida se le cuajaba en oro, perecia de rica muerte y de hambre y sed preciosas, empero mortales. Fábula fué esta en la narracion; (1) historia es en los sucesos. ¿Cuántos son aquellos que porque todos se les vuelva oro no comen ni beben ni viven? Don de Baco, dios falso de la embriaguez y glotonería, fué el de Midas. Midas fué (2) el que insta contra sí, como lo son todos los avarientos. Este fué el que juzgó tan mal en la contienda de Pan y de Apolo, que en castigo Apolo le disfamó con orejas de asno. Pena es que padecen los avarientos, porque oyen con bestialidad y no les agrada la voz del cielo. Sus orejas son de asno y sus espaldas, pues cargados de oro, le padecen peso y no le gozan caudal.

No ignoraron que los avarientos morían ahorcados, y que su postrera enfermedad era el lazo. Algo dijo aquel epigrama del avaro que en un escondrijo guardó gran suma de oro; y yendo otro avariento á ahorrarse con una sogá porque le faltaba el oro, y pareciéndole aquel mismo lugar á propósito para su desesperacion, hallando el tesoro que el otro había escondido, dejando la sogá donde (3) le halló, se fué contento. Vino el que lo escondió; y no hallándole, y hallando la sogá, de pena se ahorcó con ella. Mirad cuál es la avaricia, que tiene desesperacion y pobreza dichosa, y riqueza y dicha ahorcada. Mirad cuál es, que al que trae sogá para ahorcarse le da el oro, y al que da el oro le da sogá con que se ahorque. Escondió el avaro el oro, y estando contento de hurtársele él á sí propio y ser ladrón de sí, se ahorcó porque le hurtó el otro avariento lo que él se había hurtado. Aquel dinero iba oliendo á esparto: al que le perdió, la sogá (4) lo llevó arrastrando; y el que lo llevó, llevaba arrastrando la sogá, pues merece que lo ahorquen por ladrón, como el otro mereció ahorcarse por avariento.

No quiero que algunos ricos que dan y gastan, piensen que engañan á la verdad, y que por esta razon no los condena por avarientos, si bien ellos se agragan (5) al nombre de liberales. Destos hay muchos, y son de los más perniciosos; descúbrellos y nómbralos, y señala su castigo el Espíritu Santo, (*Prov.*, 22): «Quien calumnia al pobre por aumentar su riqueza, dará á otro más rico que él, y empobrecerá.»

Castigo tan grande como justo (6), que el que se hace rico con los pobres, se haga pobre con los ricos; que quite al que le falta lo que ha menester, para dar al que le sobra lo que no ha menester, y no ha menester lo que le da. No podía quitar estas máscaras y rebozos otra luz que la del Espíritu Santo, que lee lo secreto de los corazones. Avariento es quien no quitando al pobre nada, no le da de lo que tiene; y este fué el rico avariento

(1) pero historia en los sucesos. (S.)

(2) al que insta (Z. B.)

(3) la (S.)

(4) le (F. S.)

(5) el (S.)

(6) es que (Id.)

de quien el Evangelio dice que fué sepultado en los infiernos. ¿Cuánto peores avaros son estos, que no solo no los dan algo, sino que los quitan á los pobres lo que tienen! Consideracion es esta de san Juan Crisóstomo, *Oratione de Avaritia*: «Si Lázaro, no habiendo recibido del rico alguna injuria, solo porque no le había dejado gozar de lo que tenía, le fué acérrimo fiscal, ¿de cuál defensa se valdrán aquellos que despues de negarles lo que tienen, les quitan lo que ellos tienen?»

Bien claramente enseña el gran Padre cuánto peores avaros son estos que quitan á los pobres y los afligen, que aquellos que solo les niegan algo de lo que tienen. Aquellos para tan grande robo y tan enorme delito se confían en sus riquezas, y desprecian la misericordia de los pobres. Por esto el propio santo, Boca de oro, los fulmina con estas palabras temerosas y ardientes, y porque no se desentiendan, habla con ellos, *ubi supra*: «Teneis vosotros poder, riquezas y dinero; empero tienen ellos las armas más fuertes, gemidos y lamentaciones, y el mismo padecer injuria, con que atraen el socorro del cielo. Estas armas asuelan las casas, derriban los fundamentos, arruinan las ciudades, y con avenidas han trastornado todas las naciones. Tanto muestra Dios su providencia en favor de los que son ofendidos.»

Estos malditos, que quitan á los pobres para dar á los ricos, no les quitan para dar, sino para quitarse á sí lo que quitan, y empobrecer con la dádiva necia quien enriqueció con el robo sacrilego. No dan al rico, no; la suya no es dádiva, sino anzuelo; es cautela para que los den, es mohatra y usura. Quien da al más rico, más quiere recibir que dar; comprar quiere, mercader es. Codicia la poquedad del mendigo, y por eso se la quita; codicia la abundancia del poderoso, y dale por engañársela. Cúmplese en él la justicia de Dios que le sigue, y empobrece con el rico quien se hizo rico con el pobre. Tantos avarientos hay destos, que están fuera de nuestra cuenta; empero tantos como son, ninguno está fuera deste castigo.

¿Queréis ver cuán populoso es este pecado, que por él se gobiernan todos los demás? Es tal, que á las mismas pestes las apesta. ¿Quién no conoce la avaricia de la lujuria, que con el interés y por el oro y las galas atropella la honra y la castidad? La avaricia hace mercancia (7) la fe conyugal en el adulterio, la virginidad en el (8) estrupo; hace los cuerpos venales en las ramerías. La soberbia es la más rica tienda de su trato. Por el poder y el tesoro y el puesto preferido y la opulencia, la arma contra Dios. La envidia por ella ceba en su propio corazón sus dientes: ella la arma de venenos los ojos, ella se los desvela. La gula aprendió de la avaricia á no tener por alimento el que no es tesoro, ó no le costó. No gusta de lo sabroso si no es caro, no tiene por comida la que no costó un patrimonio, no mata la sed con el vino ó agua en el barro, si no la bebe en cristal ó oro, porque tiene asco del vaso que no es joya ó caudal. Hase pegado este contagio aun á las mismas enfermedades, que siendo el desengaño de nuestra miseria (por enriquecer, no por curar los malos humores), se beben en las pocimas el oro que no se puede digerir, las joyas que no dan alimento; siendo así que ni

(7) de la fe (S.)

(8) estrupo; (F. S.)

curan la dolencia, ni engalanan, ni hacen otro efecto que abultar con el gasto la vanidad. Si se beben estas cosas por llevarlas en su cuerpo á la sepultura, por más ámbar y perlas y esmeraldas y jacintos y oro que junte su estómago en las confecciones, será aquella tierra que los cubriere solamente mina de gusanos y de horror. Si se juntasen los acreedores del hombre en un día á cobrar lo que es suyo, y él blasona por propio, cosas en que funda su soberbia y su avaricia, hallárase mucho más desnudo que la más humilde bestia y que la más imperfecta sabandija. Considérale vestido de púrpura, pesada y pálida con el oro, granizada de perlas, encendida en diamantes; ó pomposo en el lustre de la seda, variado de labores: y supón que el animal, cuya sangre es la grana, le pide su veneno, los cerros el oro, las conchas sus perlas, las minas y pedrizas de Oriente sus diamantes, los gusanos su mortaja, de que hace gala; las ovejas su lana, los ganados sus pieles; el lino y el cáñamo y otras yerbas sus lienzos, holandas y (1) cambrayes. Fuerza era que el miserable hombre, si volviese estas cosas á sus dueños, quedase más desnudo que los erizos y las arañas, á quien ninguna cosa puede pedir parte alguna de su traje, vestido y ornamento. ¿Por qué pues, ó avariento, anhelas por tener lo que las cosas más despreciadas del mundo te pueden con razon pedir, y de que, como ajenas, no puedes tener alguna presuncion, (2) que las has de dejar, que han de dejarte? Sois los ricos para los pobres lo que para vosotros las grandes posesiones. Tú eres, si sabes ser rico, heredado del pobre, como la heredad es hacienda para tí. Dióte Dios los bienes para que los dieses, no para que los hicieses inútiles. Dios, que te da lo que tienes, te pide en cada pobre que le des de lo que te dió; no por quitarte lo que te ha dado, sino porque puedas con la caridad merecer que te lo multiplique. Si eres interesado, no digo que no lo seas, sino que sepas ser bien interesado. Dale á Dios lo que te pide por el pobre, que él te ofrece en lo que te pide ciento por uno. No puede haber mayor ganancia ni más cierta. O no quieres la ganancia, ó dudas del que la promete; si no la quieres, ya eres pobre; si no la crees, ya eres infiel. ¿Por qué, ó mortal, con el pensamiento presumes las cosas mayores, cuando por la fe desesparas de las menores? Grandes palabras son las con que san Pedro Crisólogo, sermón CLXIII, nos exhorta al desprecio destos bienes en solo el nombre: «¡O miserable y dignísimo de toda infelicidad; pues dándote un reino, suspiras por un pedazo de pan; pues dándote la perpetuidad, lloras por la bebida; que vistiéndote de inmortalidad, lamentas por la vestidura del cuerpo!»

Teófilo Alejandrino compara la avaricia al infierno: «El infierno no se llena de muertos; antes cuantos más recibe, más desea: imítale la avaricia, que no puede hartarse, pues cuanto más tiene más desea.»

Crisóstomo alza la voz preciosa, y con boca de oro pronuncia contra los avarientos estas palabras espantosas para ellos, aun siendo pronunciadas por el metal que adoran, (*homil.* (3) 81, *in Matth.*): «Oid esto todos

(1) cambray. (Z. B. F.)

(2) ¿qué las has de dejar? qué han de dejarte? (Todas las ediciones.)

(3) 18 (Todos los ejemplares. — Es la homilia 80, que otros estiman 81, sobre el cap. XXVI de san Mateo.)

los avaros atentamente, los que padecéis la enfermedad gravísima de Judas. Oidme para que huyais esta pestilencial dolencia; porque si el que juntamente vivía con Cristo, que oía de Cristo la doctrina que hizo milagros, deste achaque se precipitó en el profundísimo abismo de los males, más fácilmente os precipitaréis vosotros, que ni oistes las escrituras y estáis arraigados en las cosas del siglo. Aquel cada día estaba con el que no tenía adonde reclinar la cabeza, y cada día era instruido con sus palabras y obras, para que no quisiese tener oro ni plata ni dos túnicas; y con todo no pudo reprimirse. ¿Cómo pues esperas, sin gran desvelo y diligente cuidado, huir el contagio (4) deste mal? Terrible es cierto, terrible esta bestia; empero si quieres, facilísimamente podrás asegurarte della. No tiene esta codicia el origen de la naturaleza.»

Por esto es fácil huir la avaricia, porque no se origina de la naturaleza, y no hay cosa más fácil al hombre que acomodarse y restituirse á la naturaleza, ni más descansada, pues cuanto della se aparta se violenta. La naturaleza conócese por origen; y reconoce por parto suyo á las sierpes y animales más ponzoñosos, empero no al avariento. Este es contra toda la naturaleza y contra las naturalezas de todos. Es contra Dios, contra el prójimo y contra sí. A su cuerpo, que se sustenta con las viandas, se las niega por ahorrar; y á su alma, que no come, la ruega con los mantenimientos. Tal se lee en el Evangelio, de aquel que se prometía largos años de vida, y tratando (5) de deshacer las trojes para hacerlas más capaces, murió aquella misma noche.

El avaro aun á sí mismo destruye. El avaro es comun enemigo de todos los hombres y de todos los elementos. Hace bolsa su alma. Más quisiera al sol de oro para acuñarle, que de luz para ver y vivir. Quisiera que el aire lloviera dineros, y no agua; que los ríos y las fuentes le manaran; que la tierra, como edifica las grandes estaturas de los montes de peñascos, las (6) compusiera de plata. El avaro se congoja con la fertilidad de los tiempos, y con la abundancia se encoge; y aborrece todas las cosas de que no puede juntar moneda; y al contrario, sufre todas las afrentas, como le ocasionen interés de un dinero. Aborrece á todos los hombres, pobres ó ricos: los pobres porque no le pidan, los ricos porque no le dan y porque tienen. El se persuade que todo lo que los otros poseen debía ser suyo, y por eso los aborrece y es aborrecido dellos. (7) Este no sabe qué cosa es llenarse; ignora la hartura. Por eso tan miserable es como bienaventurado el que sigue la virtud contraria á su pecado. Discurso es este de San Juan Crisóstomo en la homilia (8) 81, *in Matth.*

Si el desdichado avariento quiere la bienaventuranza del que no lo es, los pobres, á quien él aborrece, le ruegan con ella. Es el pobre la máscara de Dios, con que anda entre nosotros disfrazado: este nombre le da san Juan Crisóstomo, como lo refiere Damasceno, (*Paral.*, cap. 37). En unos trae por máscaras las llagas, en otros la desnudez, en otros los remiendos, en otros la hambre, en otros la enfermedad, en otros la cárcel y

(4) de este mal terrible? Es cierto terrible esta bestia; (F. S.)

(5) deshacer (Z.)

(6) compusieran (Z. B. F.)

(7) El no sabe (S.)

(8) 18 (Los ejemplares todos.)

la persecucion. No puedes ignorar ya que el pobre es máscara de Cristo; ni negarlo, pues él dijo en el Evangelio que él tenía sed en el que la tenía, y hambre y desnudez; que padecía cárcel él con el preso, y que estaba enfermo y no le visitaron.

De aquí el grande Salviano dice, lib. 4 ad Eccl., 5 (a): «Los avarientos replican que no era Cristo el que tenía hambre y sed.» A que responde: «No solamente afirmo que Cristo es pobre entre los pobres, sino mucho más pobre que todos los otros; porque entre los pobres no es la pobreza igual, porque hay algunos que están desnudos, mas no hambrientos; á otros falta acogida y tienen vestidos: y al fin, aunque á algunos falten muchas cosas, á ninguno le faltan todas. Jesucristo es solo pobre de todo, porque él tiene sed con el que la padece, y hambre con el hambriento, está desnudo con el desnudo, y

(a) Mejor habria dicho QUEVEDO: «en el cuarto de sus libros *Contra avaritiam*, publicados con el nombre de Timotheo, y dirigidos ad *Ecclesiam Catholicam*.»

en la cárcel con el preso. Los demás pobres son pobres con sí solos y por sí solos. Jesucristo es pobre en todos los pobres y por todos los pobres.»

Quitate, ó avariento, la máscara de tu hipocresía, y conocerás que cada pobre es máscara de los disfraces de Cristo. Aprende á liberal, de las venas de Cristo y de su sangre. Dióla á la circuncision recién nacido, porque se la pidió la ley (siendo sombra), él la luz de la ley de gracia. Pidióselo la congoja en el huerto, y sudóla. Pidiéronselo los empellones y caídas, y los juncos marinos en la corona, y los golpes de la caña, los azotes y la columna, los clavos y los golpes de los martillos; á todos la repartió. Y pidiéndosela la lanzada despues de muerto, cuando la sangre no corre, dió sangre y agua, y vista al que le dió la herida. Si eres avariento, aprende á ser liberal de la sangre de Cristo, pues es el más precioso tesoro; cónozcate tu sed, y hártese. Enríquécete con lo que da quien no empobrece dando, ni se quita nada de lo que dió, ni le hace falta para dar á otro lo mismo.

VIRTUD MILITANTE

CONTRA LAS CUATRO FANTASMAS DE LA VIDA.

MUERTE.

PRIMERA FANTASMA DE LA VIDA. (a)

CARTA

que declara cómo es loable el temor de la muerte, y cómo puede ser necio y reprehensible.

AL DOCTOR DON MANUEL SERRANO DEL CASTILLO. (1)

Don Francisco de Quevedo (2) Villegas.

Escribeme vuesa merced ha leído con gusto la doctrina de (3) Epicteto en mi traduccion, y la defensa de los estoicos y de Epicuro. Esta alabanza no llega á mi estudio, ni sale de Epicteto ni de Zenon. Mios son los consonantes, accidente muy delgado, si bien de buen sabor á la memoria. Díceme vuesa merced que se convence de que se ha de sentir la muerte y los trabajos, y que en favor de las virtudes lo entiende así con los santos padres; y preguntáme vuesa merced qué calidad ha de tener aquel sentimiento para no ser reprehensible, antes loable. Doctrina es esta más para enseñármela á mí que para preguntármela. Yo, Señor, por malo no lo sé obrar, por ignorante no lo sé decir. Esta cuestion tiene autoridad resuelta por quien la obra, no por quien solamente la estudia y la parla. Lo que me toca es obedecer al amigo, que sabrá perdonarme si no sé obedecer.

Ya que no me puedo valer para el acierto de la perfeccion de la vida, que inculpable en los buenos hace hermosa la muerte, me valdré de las miserias que en los distraidos y delincuentes hacen aborrecible la vida. Por diferentes caminos el pecado y la virtud alivian el temor de la muerte. Aquel con el fastidio de lo pasado, esta con la esperanza de lo futuro. Entre

(a) Hasta aquí es mio todo el epigrafe: no se halla en ninguna impresion. Pero como son póstumas, y el fróntis de la primera apócrifo á no dudar, merced al derecho que los libreros se abrogaron siempre de alterar á su antojo los títulos de las obras póstumas de QUEVEDO, echo de menos en este paraje tan natural division, y creo que la habria determinado el autor á haber dado á la estampa su libro.

(1) Escribeme vuesa merced (F. S.)

(2) y Villegas. (Z. B.)

(3) Epicteto (id.)

los gentiles, pretensiones tuvo más que de hombre quien pretendió que no se temiese la muerte ni los trabajos: entonces fué pretension vana; hoy fuera más, pues la temió Cristo, que siendo hombre, fué Dios y hombre. No fué en agonía por no morir, que no podía rehusarlo quien encarnó para morir. No dijo: «Pase de mí, si es posible, este cáliz,» porque rehusaba de beberle, habiendo reprehendido á san Pedro tan ásperamente porque diciendo que iba á morir, le dijo: *Absit à te Domine*: «No es el morir para tí,» y habiendo dicho á san Juan y á san Jacobo que habian de beber su cáliz y que le beberian. Aquella congoja fué providencia en el que era más que hombre, para que en la naturaleza se viese era (4) verdadero y naturalmente hombre; y que como hombre temia la muerte, siendo Dios, porque venia á satisfacer por Adán, que siendo hombre no la temió, por ser como Dios. Fueron congoja á Cristo los que interviniendo en su muerte corporal, habian de fabricarse su muerte eterna. Y aquel temor de Cristo y aquel sudor sangriento está animando de gozo en su muerte por su ley á todos los mártires, en quien el amor divino vence á la naturaleza humana: lo que siendo imperfecto, pretende frecuentemente (5) el amor frenético del apetito por un bien mentiroso que se propone. Empero este amor falsificado no vence la naturaleza, antes la ciega; solo al amor de Dios es permitida la victoria destes temores. En el mártir tiemblan con los tormentos los miembros; encógense con el fuego, desátanse con el cuchillo, enflaquecense desangrados, desfigúranse (6) difuntos; y esto cuando el alma goza constante, como enamorada. No necesitan de sentimiento las cosas para hacer demostraciones de su muerte. La llama que en la vela se muere ó es apagada, á su modo se lamenta. ¿Quién deshará una trenza, que no deje feos los torzales que fueron labor? ¿Qué lazo ó nudo (7) no se re-

(4) verdadera (Z. B.)

(5) en el amor (S.)

(6) difuntos; (B. F. S.)

(7) resiste al que le deshará? (S.)